

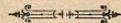
ESCRITOS PÓSTUMOS

—

NOVELISTAS Y ORADORES MEXICANOS

—

LA COLONIZACIÓN NEGRA.



## CAPITULO I.

*Algunas observaciones sobre la novela idealista y la realista.*

Estando todavía á discusión y en tela de juicio las doctrinas relativas á la escuela idealista y la realista, nos vemos precisados á manifestar nuestra opinión sobre el particular, con el objeto de que sean bien comprendidos los capítulos siguientes, al hablar de los novelistas mexicanos.

Algunos críticos opinan que la novela tiene tendencia prosaica, mientras otros la consideran como obra poética. Schlegel, por ejemplo, en su «*Historia de la Literatura*» repite varias veces que «la novela es un género particular de poesía.»

Hegel, por el contrario, en su *Estética*, califica la novela de *poema burgués*, es decir prosaico, de *medio pelo*, según diríamos nosotros en lenguaje familiar; y en otro pasaje todavía es más explícito cuando dice: «Los combates novelescos en el mundo moderno no son otra cosa más que el aprendizaje de la vida, la educación social del individuo. ¿Cómo termina ese aprendizaje? El hombre pone sus deseos y opiniones en armonía con las leyes sociales, se resigna, y obtiene una posición cómoda. Después de haber estado en pugna con el mundo acaba por encontrar la mujer que buscaba y un acomodo cualquiera. Se casa y se convierte en inofensivo *burgués*. La mujer dirige el hogar doméstico, vienen los hijos y aquel *angel* con quien el hombre se ha unido resulta una mujer como las demás: tal posición produce trabajo y fastidio; el matrimonio se presenta con su cruz y sus cuidados. El resto no es más poético.»

Sin embargo, la contradicción entre Schlegel y Hegel sólo es aparente, porque, en realidad, hay dos clases de novelas correspondientes á las leyes psicológicas que supone cada sistema.

El hombre aspira á perderse en los espacios imaginarios inventando lances sorprendentes, aventuras extrañas y

hechos maravillosos que le admiran y deleitan; ó necesita acudir á la sociedad, tal como existe, para observar y estudiar los principios que la rigen, así como las costumbres que en ella dominan.

De aquí la novela *realista ó prosaica* de que habla Hegel; y de allá la novela *idealista ó poética* á que se refiere Schlegel.

Ambas existen, ambas tienen su razón de ser; ambas, aunque por distinto camino, pueden tener un fin útil, dirigiéndose á desenvolver, de una manera agradable, una lección, no solo de moral sino de filosofía, de historia, de arte, de ciencias políticas y aun físicas ó naturales.

Las novelas didácticas de Julio Verne, con fondo idealista tienen aplicación científica.

En una palabra, la novela es ó reproductora (*realista*) ó creadora (*idealista*).

De uno y otro modo puede representar el conjunto de la vida humana, cabiendo en ella las más importantes concepciones filosóficas, los cuadros más animados de la historia y de las costumbres, la descripción y la narración del género objetivo, afectos del género lírico, el interés y el movimiento del género dramático.

La novela es en sí un género amplio que se presta á todos los asuntos y formas, popularizando toda clase de ideas y sentimientos.

La mejor explicación que conocemos de la novela idealista es la que hizo Bâçon, con las siguientes palabras:

«Los objetos del mundo real no llenan el ánimo ni le satisfacen enteramente; buscamos alguna cosa que ensanche más el corazón; apetecemos hechos más heroicos y brillantes, acontecimientos más variados y maravillosos, un orden de cosas más espléndido, una distribución más general y justa de recompensas y castigos que lo que estamos viendo; y no encontrando estas cosas en las historias verdaderas, ocurrimos á las ficticias.»

En nuestro concepto la novela muestra (ó tipo) del género idealista, es *Don Quijote de la Mancha*, no obstante que tiene episodios prosaicos, algunos aun bajos y groseros, y á pesar de que Cervantes describe fielmente la naturaleza.

Un médico, Hernández Muyón ha procurado demostrar que la locura de Don Quijote, tiene un principio, un

desarrollo y un fin verdaderamente positivos, tales como los reconoce la ciencia.

Empero, ésto no se opone al idealismo, pues ya hemos dicho que el idealismo consiste, no en desfigurar la naturaleza, sino en hermosearla y adornarla.

Respecto á los episodios realistas del Quijote, observaremos que no forman lo substancial de la novela, según vamos á explicar.

El argumento fundamental del Quijote es ideal: en el mundo real no ha habido loco á quien dé precisamente por *caballero andante, por desfacedor de agravios*.

Tampoco en el mundo real se encuentra un país, sea cual fuere el estado de su policía, donde se tolere un loco que comete desmanes como los del ilustre manchego.

El carácter de éste es ideal: un demente cuyas aspiraciones son enteramente poéticas, pues sólo anhela la fama, la honra; la gloria «de que algún sabio escriba la historia de sus famosos fechos;» un caballero poseído de un amor respetuoso, puro, platónico (ideal), hacia una mujer que apenas conocía, y á la que suponía, *imaginativamente*, el prototipo de la beldad y de la virtud.

El carácter de Sancho es igualmente ideal de un hombre en el fondo de buen sentido, pero tocado de locura, ocupado en proyectos puramente imaginarios, como el de que su amo le haga gobernador de una «ínsula» ó le consiga el título de Conde ó Marqués.

De tal modo son tipos originales Don Quijote y Sancho, que algún personaje secundario de la obra dice, refiriéndose á ellos: «no son hombres de los que se usan,» es decir, *entes reales*.

Admitido el idealismo del argumento de la novela que nos ocupa y de sus dos principales personajes, naturalmente resultan ficticias, ideales, la mayor parte de las aventuras que en ella se refieren, en los caminos reales, en la venta, en el palacio de los duques, etc.

Pudieramos confirmar nuestra opinión respecto al género literario de D. Quijote con el dictamen de varios críticos: pero será bastante citar dos de ellos, el mencionado Schlegel y D. Antonio Alcalá Galiano.

Schlegel dice: «La novela de Cervantes merece su celebridad y la admiración de todas las naciones de Europa,

«cuyo encanto forma hace ya dos siglos, no sólo por la nobleza del estilo y por lo perfecto de su exposición; no sólo porque de todas las obras del espíritu es la más rica de invención y de genio: sino aun porque es un cuadro animado y enteramente épico de la vida y del carácter de los españoles. He aquí por qué esta novela tiene siempre un nuevo mérito, mientras que tantas imitaciones como se han hecho en España, en Francia y en Inglaterra, han desaparecido ya, y han caído ó están para caer en el olvido.

«Lo que he dicho ya en otra ocasión, de las producciones poéticas del espíritu, que en este género el poeta debe justificar su vocación y su derecho á cuantas libertades quiera tomar, por un rico conjunto de poesía en los accesorios, en la exposición, en la forma y en el lenguaje, encuentra aquí su aplicación.

«Así, se equivocan en gran manera los que no miran en la novela de Cervantes más que la sátira, y quienes prescinden de la poesía.

«Sin duda esta poesía no es siempre enteramente del gusto de las demás naciones, porque tiene un carácter enteramente español. Pero cualquiera que sepa colocarse en ese espíritu y comprenderlo, hallará que lo chistoso y lo grave, el ingenio y la poesía, están reunidos del modo más feliz en ese rico cuadro de la vida, por cuya razón uno no recibe su valor sino del otro. . . . En la época en que floreció el autor del Quijote, la vida real era todavía más caballeresca y poética en España que en cualquier otro país; y hasta la falta misma de una organización política perfeccionada, así como la vida independiente y mística de las provincias, podían ser más favorables á la poesía.»

Alcalá Galiano se expresa de este modo:

«Los caracteres literarios pueden ser de tres clases: retratos, abstracciones ó creaciones originales. Retratos, cuando representan un personaje histórico conocido, ó individuos de una clase de cierta época ó nación; abstracciones, cuando pintan todas las propiedades de ciertas virtudes, faltas ó vicios personificados en un sujeto; y creaciones originales, cuando describen y dan ser á personajes de especie nueva y singular, hijos de la imaginación del poeta.

«Para aclarar estas distinciones con ejemplos, diremos que el *Nerón* de Pracine es un retrato histórico; que el

«Bachiller Sansón Carrasco, el Cura y los Venteros de Cervantes, son pinturas de costumbres, de clases, de tierras y tiempos; que el *Haragón* y el *Tartufo* de Molière, ó el *Mahoma* de Voltaire, son abstracciones de vicios personificados; y que *Don Quijote y Sancho* en Cervantes, *Sigismundo* en Calderón de la Barca, y *Miranda, Calibán, Desdémona* y el *Rey Lear* en Shakespeare, deben ser contadas como sublimes creaciones de caracteres ideales. Estas últimas son el mayor y más afortunado esfuerzo del entendimiento humano, trabajando en cualquier obra de ingenio.»

Alcalá, en su *Historia de la Literatura Española* (1844), hace esta explicación: «La lección moral que resulta del Don Quijote, es que el hombre ha de tener el idealismo noble de aquél, unido á la prudencia juiciosa de Sancho; pero sin la candidez irreflexiva del primero, ni el egotismo grosero del segundo. No son, por tanto, el amor á lo ideal ni el sentido práctico de la vida lo que en el Quijote se condena, sino las exageraciones de ambos principios.»

Si bien nosotros aplaudimos el idealismo en el sentido que lo aplaude Alcalá Galiano, no por eso creemos digno de aceptación ese sistema literario cuando degenera en lo ridículo y en lo falso, cuando se fingen individuos quiméricos, cuando se diseñan caracteres contradictorios, cuando se suponen lances milagrosos, cuando se presentan situaciones de relumbrón y cuando el desenlace es violento y forzado.

Todo ésto no viene á ser más que un tejido de disparates que repugnan á la razón, que no excita los sentimientos y que la imaginación misma encuentra desordenado y loco. En lugar de la fiel y animada pintura de la vida, se aglomeran fantásticas é imposibles aventuras.

Novelas de ese género se encuentran en todas épocas, en los tiempos antiguos, modernos y contemporáneos, como el *Tidágenes* de Heliodoro, el *Pérsiles* de Cervantes, algunas novelas del italiano Gibaldi y multitud de obras de nuestros días, especialmente francesas.

El *Tidágenes* de Heliodoro es una novela enteramente quimérica, un tejido de aventuras sin verdad, sin verosimilitud, sin nada que se refiera á época ó lugar determinado.

Las combinaciones en que consiste el interés de la obra, se reducen á amontonar las invenciones esparcidas en las

obras de los poetas antiguos, especialmente las de la Comedia nueva: piratas, bandidos, combates, raptos, cautiverios, reconocimientos inesperados, etc. Sin embargo, de tanto movimiento, Heliodoro no interesa, sino cansa y fastidia.

Por el estilo del *Tiágenes* es el *Pérsiles* de Cervantes, se grán confusión de los críticos españoles Hermosilla, Zárate y otros.

El italiano Gibaldi, en oposición con el realismo de Boccaccio y sus imitadores, complica la intriga de una manera difícil de desenlazar: «*legata difficoltà che parino impossibili ad essere illegate.*»

Como ejemplo de las novelas contemporáneas que incurren en los defectos indicados, pudiéramos citar muchas: algunas de Dumas, otras de Ponson du Terrail, otras de Feval y varias del español Fernández y González; pero será bastante con poner de ejemplo una acabada de publicar: *El Bigamo* de Montepin, que para muchas personas pasa como obra maestra; se anuncia la edición de París, 1883, con el título de *gran novela dramática* y ha merecido la honra de ser ofrecida como *primer obsequio* á los suscritores del *Correo de Ultramar*.

Sin embargo, en el *Bigamo* se encuentran cosas como las que vamos á referir.

Una espantosa explosión se verificó en cierta bohardilla; el piso superior se desquicia como sacudido por un terremoto, y el tabique de la casa vecina se abre formando profundas grietas, por donde se precipitan torrentes de humo.

Entre los escombros de todas clases, en medio de las ruinas de la bohardilla yacía, como un cadáver, el inquilino Gerardo de Nogal. Pues bien, el Sr. Gerardo no tiene necesidad, para sanar de aquel tremendo golpe, más que de una venda empapada en agua salada, y un poco de reposo.

Más adelante el Marqués de Saillé sorprende á su esposa Hilda con un amante, dá á éste una estocada mortal y hace que la mayor beba un activo tósigo; en ese estado los dos culpables, el Marqués incendia la habitación donde se hallaban y los deja en medio de las llamas.

No obstante la espada, el veneno y el fuego, los adúlteros escapan buenos y sanos, para seguir dando guerra al desgraciado marido. Este, creyendo muerta á su señora, se

casa por segunda vez; y para que la novela tenga más enredo, más dificultades, la nueva consorte no es una persona extraña á la primera, sino *casualmente* su hermana de leche, y también *casualmente* hija del Regente de Francia, quien, por los ardidés de la primera esposa del Marqués, llega á creer que ésta es su hija, no siéndolo, en realidad, sino la segunda cónyuge.

En otra ocasión el Marqués de Saillé tiene que atravesar nadando un río caudaloso, y sale bien de la empresa, no obstante haber recibido durante la travesía dos balazos que le ocasionaron copiosa hemorragia.

La esposa núm. 2 fué cuidadosamente encerrada por la núm. 1; pero se escapa sin saber cómo. Tampoco se explica en la novela de qué manera el Marqués huye de una prisión, donde estaba próximo á ser decapitado. Y por último, Hilda y su amante se suicidan con sólo llevar á la boca un anillo misterioso que aquélla llevaba á prevención para los lances apurados.

Si el falso idealismo produciendo lo absurdo debe desterrarse de la república literaria, porque extravía la imaginación en vez de deleitarla, con más razón cuando ennoblecendo las malas pasiones, pervierte los sentimientos morales y corrompe las costumbres.

Veáse lo que hemos dicho contra la literatura anti-artística del mal, en la Introducción de la presente obra y en la parte I<sup>a</sup> (c. 19), al hablar del ultra-romanticismo.<sup>1</sup>

Allí hemos citado los principales autores que pretenden embellecer el adulterio, el asesinato, el robo, toda clase de vicios, delitos y crímenes.

Esta literatura, haciendo interesante el mal, es más peligrosa que la llamada *naturalista*, presentándole en su desnudez, sin atavío alguno.

En personas impresionables es de funesto influjo, aun simplemente exagerando los sentimientos, falseándolos,

(1) Como consta en la *Noticia Preliminar*, el Sr. Pimentel se propoñía escribir una historia completa de las letras y de las ciencias en México. La primera parte quedó terminada en la *Historia Crítica de la Poesía*, y de la segunda únicamente logró escribir los capítulos referentes á los novelistas y á los oradores, capítulos que dejó inéditos y que son los que ahora cierran la colección de sus OBRAS COMPLETAS.

pues eso bastara para que se pierda el sentido práctico de la vida, convirtiéndola en un teatro de ilusiones que no pueden producir más que desengaños.

Sólo una observación nos queda que hacer respecto á la escuela idealista. En esta clase admitimos aun el género *fantástico*, cuando se funda en una verdad de cierta época, de cierto país, verdad que ahora pudiéramos llamar histórica ó convencional.

Por ejemplo, nos parecen bien las *Mil y una Noches*, porque sus encantadores, génios y hadas, se tenfan como seres reales entre las naciones del Oriente, lo mismo que los griegos crefan en la realidad substancial de sus dioses, y por lo mismo, á nadie repugnan la *Ilíada* ni la *Odisea*.

Pasando á tratar de la novela realista, de la que considera las cosas como existen en realidad, comenzaremos por una advertencia.

En la *Introducción* hemos dado la preferencia idealismo respecto del realismo; pero ha sido especialmente con referencia á la poesía, porque esta no es obra de la naturaleza, sino del arte. Por el contrario, la prosa es el modo de expresarse naturalmente, y como la novela se escribe en prosa, de aquí viene sea un género de literatura más adecuado al realismo y que, en tal concepto, puede y debe admitirse el sistema realista, entendiéndose el realismo en los límites del arte sin adulterarlo; un realismo discreto, decente y honesto.

Quien emprenda, de algún modo, una obra artística, tiene siempre que separar de la naturaleza lo verdaderamente repugnante, tanto en lo físico como en lo moral.

Nunca debe olvidarse que por arte se entiende lo que se hace por industria y habilidad del hombre, y en este sentido se contrapone á naturaleza.

Así pues, el imitador servil de aquella no es un artista en la verdadera acepción de la palabra, ni puede llamársele *autor* de una obra, sino cuando mucho fiel copiante.

El realismo absoluto en literatura sería como si enarquitectura dejáramos al hombre las habitaciones naturales, á vivir en grutas y cavernas; como si en pintura prefiriesemos la fotografía á los cuadros de Rafael; cómo si en música nos coformáramos con el ruido del viento; como si

en industria escogiéramos un camino de cabras y no un ferrocarril.

Entre el idealismo y el realismo no hay más que diferencia de grado, respecto al mayor ó menor uso que aquél y éste hacen del arte, pues en ninguna manera debe separarse arte y realismo, como ideas opuestas y contradictorias.

La falta de cuadro romancesco, de complicaciones en la fábula, de situaciones amedrentadoras, de hechos brillantes, de pasiones sublimes, de aventuras extraordinarias; suplió el buen realismo literario con la dignidad de su argumento y la verdad de caracteres, sin decender á una prosa trivial; la exactitud de las descripciones sin llegar á ser nimio; la filosofía práctica aplicada á la solución de los problemas sociales, sin convertir la filosofía en agente de inmoralidad; la naturalidad no confundida con la grosería y la torpeza; la fraseología sencilla, sin trocarla en ampulosidad.—«He aquí las principales condiciones del realismo.»

Tampoco repugnan al realismo algunas excenas románicas ni las aventuras y complicaciones que sin esfuerzo y naturalmente pueden conmovér al lector.

Esto supuesto, añadiremos que, en nuestro gusto, el mejor novela antigua de buena clase realista, es el *Gil Blas* de Santillana, por Lesage.

El *Gil Blas*, según los mejores críticos, debe considerarse como es, una obra maestra. Efectivamente, es un cuadro vivo, animado y agradable de la existencia humana, donde aparecen todas las condiciones sociales, para dar ó recibir una lección.

Varios rasgos de *Gil Blas* han quedado como proverbios. ¡Qué pintura hay mejor colorida que la hecha por Lesage, de las aventuras de los petrimetros, de la vida de los cómicos, de la malicia de ciertos clérigos, del carácter de los nobles, de las costumbres de los domésticos!

Se encuentran en *Gil Blas* algunos detalles, pero nunca esa niemedad de descripciones que el arte repele, y mucho menos detalles repugnantes ni física ni moralmente hablando. *Gil Blas* es uno de los pocos libros que reúnen la sencillez con la nobleza.

La obra de Lesage tiene un fin moral, pues en ella se esgrime el arma de la sátira contra las pasiones, contra los

vicios, por medio de la acción, no de sermones cansados y fastidiosos.

Lesage pinta á los hombres tales como son, capaces de delinquir pero de arrepentirse; de pecar, pero de enmendarse.

No entramos en pormenores sobre Gil Blas, por ser una obra generalmente conocida.

Entre los buenos escritores modernos y contemporáneos de la escuela realista, sólo citaremos aquí, como ejemplo en algunas de sus novelas, á Balzac, Cooper y Galdós, sin extendernos más sobre este punto porque no estamos escribiendo una historia general de dicha escuela.

De la misma manera que la escuela idealista suele degenerar en quimérica y absurda, así la escuela realista puede degradarse, según hemos indicado, hasta lo soez, lo asqueroso, lo obsceno y lo inmoral.

De estos vicios adolecen novelas antiguas, como el *Satyricón* de Petronio, algunas modernas como varios de los cuentos de Boccaccio y pasajes de las novelas llamadas en España *picarescas*, así como muchas contemporáneas, especialmente de las que hoy se titulan *naturalistas*, las cuales de natural no tienen más que el nombre, pues en la esencia y en la forma son únicamente obras realistas de malísima estofa.

El héroe del *Satyricón* es un libertino cargado de deudas, sin fortuna, sin familia y reducido á vivir como caballero de industria.

En el *Satyricón* se encuentran algunos pasajes graciosos y picantes, pero domina lo obsceno y aun lo infame.

Pierron en su *Historia de la Literatura latina*, define la novela á que nos referimos, de este modo: «*Le Satyricón* si est, «en definitiva que une abominable de bouche d'esprit.»

España no es, como dicen algunos escritores, creadora de la novela realista, en lo general hablando: acabamos de citar una de ellas escrita en latín, el *Satyricón* de Petronio.

También á la literatura latina pertenece «*El Asno de Oro* de Apuleyo, cuadro completo de la sociedad en el siglo 2º y

desde antes hallamos el gérmen de esa novela en otra del griego Luciano.

Boccaccio escribió en Italia sus novelas en el siglo XIV y aun Zinezuolla es anterior á Hurtado de Mendoza, de quién luego hablaremos.

Lo que sí pertenece á España es la honra de haber inventado la especie de ficciones literarias llamadas *novelas picarescas*, cuadros de costumbres de las clases populares, y sobre todo, de la gente truhanesca y de mal vivir.

En las novelas *picarescas* buscó Lesage en parte los materiales que le sirvieron para escribir el *Gil Blas de Santillana* de que ya hemos hablado; y respecto á lo que Gil Blas tiene de original y de imitado, consúltese á Viardot, en sus *Ensayos sobre España*.

Quién dió entre los españoles (en el Siglo XIV) la primera muestra de la novela picaresca fué D. Diego Hurtado de Mendoza, autor del *Lazarillo de Tormes*, el cual produjo gran número de imitaciones, siendo las más notables *La Vida del Gran Tacaño* por Quevedo, *El Escudero Marcos Obregón* por Espinel, *Guzmán de Alfarache* por Mateo Alemán, el *Diablo Cojuelo* por Vélez de Guevara.

Los que califican *La Celestina* de Rojas como *novela dramática*, consideran que es tronco de los *libros picarescos*.

De todos modos, esas novelas se reducen á referir una serie de aventuras del protagonista; agradan por la variedad de cuadros que presentan, por la fiel pintura de las costumbres, por lo picante de la sátira y por lo gracioso del lenguaje; pero repugnan no pocas veces por locuciones bajas y groseras, por detalles sucios y hasta asquerosos, por escenas de libertinaje é inmoralidad: los protagonistas cuentan con el mayor cinismo sus vicios y maldades.

En otras como *La Pícaro Justina* por Ubeda (Fr. Andrés Pérez) se ve que Cervantes la trató con el mayor desprecio en su «*Viaje al Parnaso*.»

A las novelas picarescas se refiere Marchena cuando censura «los chistes que degeneran en chocarrerías, la pintura de torpes y sucias escenas que mueven á indignación «y levantan el estómago.»

En el mismo sentido que Marchena se expresan otros críticos españoles, como Gil y Zárate en su *Manual de Lite-*

ratura, Arribau tratando del *Guzmán de Alfarache* y Fernández Guerra del *Gran Tacaño*.

Paibusque, en su obra de literatura comparada, premiada por la Academia Francesa, dice respecto á las novelas de que tratamos: «Qui semblent avoir été composé beau-coup moins pour l'édification de la société, que pour l'amusement des presides.»<sup>1</sup>

Todo ésto y mucho más debe decirse de la abominable literatura contemporánea, llamada naturalista, que en nuestra *Introducción* hemos calificado con las siguientes palabras:

«La escuela naturalista presenta estos caracteres dominantes: falta de ideas elevadas, de sentimientos profundos y de argumentos interesantes; exceso pesadísimo de descripciones, de minuciosos detalles; tendencia á pintar lo mezquino, lo vil, lo repugnante, lo vicioso de la sociedad. Esa substancia envuelta generalmente en la forma de un lenguaje rebuscado y afectación de estilo. La literatura naturalista no excita curiosidad, ni causa interés; nunca hace derramar una lágrima, ni lanzar un suspiro, nunca eleva la imaginación; las obras de esa escuela se recorren con tibieza y se cierran sin pena, si no es que producen sueño ó repugnancia.»

Empero, la literatura naturalista existe y no debemos admirarnos de ello, si reflexionamos que la parte física ó sensual no pasa repentinamente: ha habido libros de caballería, ha habido culteranismo, ha habido prosaísmo, ultraromanticismo, sentimentalismo gemebundo, épor qué no ha de tener su época el gusto naturalista?

Y de la misma manera que los libros de caballería, los culteranos, prosaicos, etc., tuvieron admiradores, los tiene el naturalismo: «el número de los necios es infinito» son palabras escritas hace muchos siglos y que se hace necesario repetir incesantemente.

No por esto los hombres de buen gusto y de moralidad, la minoría escogida que al fin decide y triunfa, dejan de protestar en contra del naturalismo.

En Alemania, en el cerebro de Europa, como justamente

<sup>1</sup> Respecto á ciertos cuentos de Boccaccio y sus imitadores, sólo diremos que un paisano suyo, autor muy competente, César Cantú, los califica de *cloaca*.

se le llama, se ha prohibido la traducción de algunas novelas de Zola.

En Francia misma, fuente del naturalismo, se han escrito y escriben excelentes impugnaciones de ese sistema: recomendamos especialmente la que se debe á la pluma de M. Bassompierre.

Un impugnador de Zola ha demostrado últimamente que algunas novelas de este famoso *naturalista*, no son originales, sino una especie de *centones*.

Respecto á la manera con que las obras naturalistas han sido recibidas en España por los hombres de buen criterio, conviene darla á conocer en México con alguna amplitud; y sin embargo, nos limitaremos á citar solamente algunos escritores.

Campoamor caracteriza á los naturalistas con un rasgo satírico que ha sufrido contradicciones, pero el cual aceptamos nosotros como una verdad palmaria.

Dice Campoamor: «El arte es *idealista* cuando las imágenes se aplican á ideas; *realista* cuando se aplican á las cosas; y *naturalista* cuando las imágenes se aplican á cosas que repugnan á los sentidos.»

Ascanio, en su *Teatro Hispano-Lusitano* dice refiriéndose «al *novísimo realismo francés* (el naturalismo): «Es sencillamente la carencia más absoluta de todo arte y la negación más completa de toda belleza. Redúcese, á veces, á la presentación al por menor de detalles y accidentes de la vida ordinaria, que ni conmueven ni siquiera distraen, cuando no sirven para tejer coronas al vicio ó insultar á la sociedad, haciéndola asistir al espectáculo de miserias y crímenes de todos los tiempos, más no imputables exclusivamente á nuestra época.»

El Sr. Cánovas del Castillo en «El solitario y su tiempo,» opina del modo que substancial ó literalmente vamos á reproducir.

Explica, con acierto, que los naturalistas confunden malamente la historia con la novela, reduciéndose aquélos á tejer narraciones con hechos vulgarísimos, los cuales nada nuevo ni útil describen; pero sí despiertan ó avivan las vergonzosas pasiones y los instintos animales que, por rubor, ocultan los hombres.

«Si la novela, dice Cánovas, quiere dejar de serlo, no hay

«á que refirir por tal motivo. La crítica moderna es bastante amplia y generosa para aceptar y aun justificar todo género de escritos, más á condición de que cada cual guarde el papel que le corresponde. *Lo que no cabe admitir es arte sin arte.*»

Adelante manifiesta que no pretende se describan sólo las costumbres puras y cándidas; pero que sí niega la realidad del mal sin mezcla alguna de bien.

«Prefiero, agrega, que el bien y el mal se aparezcan alternados ó confundidos con igual proporción en el arte que se observa en la vida, ni más ni menos. No otro que ese era hasta aquí el realismo: tal sería siempre un naturalismo de verdad.»

Según Cánovas, la representación teórica del mal puede enseñar á ejecutarlo, produce recuerdos provocativos, delectación dañina, excitaciones peligrosas.

Como es de suponer, el escritor á quien nos referimos, niega la originalidad del naturalismo actual, recordando á Luciano, Apuleyo, Petronio, y bajo cierto aspecto á Balzac, y algunos rasgos de Goethe, observando que Víctor Hugo es el abuelo común del grupo de novelistas franceses sostenedores del naturalismo y que éste no es en muchísimos casos sino un romanticismo anti-cristiano y de inmoralidad grosera é impúdica.»

Y para terminar, hace Cánovas la siguiente observación:

«Y á todo ésto pregunto yo: si por ventura, importa que, hartos ya de estudiar sus progresos y grandezas, se reduzca el linaje humano por algún tiempo á la contemplación de sus purulentas llagas ¿qué necesidad hay de inventar para ello un pretendido género literario? Con la *Gacette des Tribunaux*, hay para París, y mucha parte del mundo, bastante, que al fin y al cabo los que encierra son documentos de toda verdad, no forjados, por bien que lo estén, con aquellos datos generales que la vida ofrece, sino constituidos con hechos concretos y presentados en toda su positiva realidad.»

Los preceptistas Revilla y Alcántara, pertenecientes, no á los meros retóricos, sino al círculo filosófico, reconocen el realismo de la novela, pero lo colocan entre las obras positivas; admiten en ella aun el género parnasiano y hacen estas observaciones:

«Hay quien sostiene que el arte debe limitarse á reproducir fielmente la belleza real, que no es más que la imitación de la naturaleza; y que será tanto más perfecto cuanto más se amolde á la realidad. Este sistema llamado *realista* es la exageración de un principio verdadero, entraña exigencias imposibles de satisfacer y no es aplicable á la mayoría de los actos... La verdad en su extricto sentido no es exigible al arte; es más, que no habría arte posible con tal exigencia... La familiaridad en la novela no debe rayar en grosería, ni la llaneza en incorrección... El novelista no debe complacerse en la pintura de los aspectos más bajos y repugnantes de la humana naturaleza, como suelen hacerlo algunos novelistas franceses contemporáneos... Las mejores novelas son las que retratan la vida y la sociedad tales como son, aunque dentro del carácter *ideal* de la obra de arte.»

No obstante el dictamen de críticos tan juiciosos como los que hemos citado y otros iguales á ellos, la lepra naturalista ha cundido de Francia á España, no faltando en este país algún escritor que haya querido extraviar el gusto literario recomendando el naturalismo, y no faltando, aún, quien lo practique, como la novelista D<sup>ña</sup> Emilia Pardo Bazán autora de la *Tribuna* y otros escritores. (Léase la cumplida impugnación que hace de la *Tribuna* D. Jerónimo Vide.)

El que quiera conocer el prototipo, lo sublime del naturalismo debe leer *La Naná* de Zolá; que se considera jefe de la escuela francesa. *Naná* es una heroína de lupanar que se entrega á un cómico que la trata á patadas, ya consumiéndose entregada á la sodomía femenina y al fin muriendo de viruela, con pormenores de resalto que producen náusea.

De este modo se suple la falta de ingenio; crear un ser nuevo é ideal es difícil; copiar servilmente lo que está á la vista de todos cuesta poco trabajo, y además con ello se ocupan muchas páginas y se ganan muchas pesetas: «*Magister artis, ingenique largiter venter.*»

Cuando los escritores naturalistas producen algo aceptable, es porque se apartan de sus teorías, porque en alguna manera se vuelven artistas.

Tal sucede con ciertas obras de Daudet; Daudet, según la confesión de Zolá, «es el término medio feliz donde acaba la realidad y empieza la poesía.»

En resumen, si á la bella literatura y á las demás bellas artes se las deja precipitar por la pendiente del naturalismo, el arte vendrá á ser, cuando mucho, el arte de la vulgaridad: la pintura se reducirá á la fotografía; la ópera á la zarzuela; el drama á una conversación; la poesía lírica á epístolas graciosas ó jocosas; la novela á fastidiosas descripciones de lo que ocurre diariamente en cualquiera casa.

Por nuestra parte y según todo lo que hemos manifestado, sólo admitimos el realismo en los límites del arte y el idealismo fundado en hechos reales ó convencionales.

Tal es la forma de nuestro sistema.

## CAPITULO II.

*Novelistas mexicanos, ó que figuraron en México durante la época colonial, especialmente Fernández y Lizardi.*

Don Tadeo Ortiz, en su obra intitulada *México considerado como nación independiente*, y Don Ignacio M. Altamirano, en sus *Revistas literarias* citan á Don Joaquín Fernández y Lizardi, que floreció á fines del Siglo XVIII y principios del XIX, como el primer novelista mexicano.

Sin embargo, Beristáin en su *Biblioteca* consigna noticias de otros novelistas mexicanos ó que figuraron en México, no sólo del Siglo XVIII, sino aun del XVII, noticias que vamos á reproducir ya en extracto, ya literalmente.

Francisco Bramón, natural de Nueva España, bachiller y cancelario de la Universidad de México, escribió *Los Sirgueros de la Virgen sin pecado original* (México, 1620).

Beristáin da la noticia que sigue sobre la obra de Bramón: «Fué dedicada al Obispo de Michoacán Don Fr. Baltazar de Covarrubias, y es una fábula pastoril, parecida á Galatea de Cervantes. Y por ser ya poco conocida la palabra *sirgueros* decía que significaba *cantos*, de la voz griega *sir*; y esta es la etimología de la voz vulgar gilguero ó xilguero.»

Repetimos nosotros lo que observamos en los *aumentos* á la parte primera de esta obra.

Puesto que la composición de Bramón está formada con *cantos*, debía considerarse como poesía lírica; pero atendiendo á que «es una fábula pastoril parecida á la Galatea de Cervantes,» más bien merece calificarse de novela pastoril, siendo éste el género á que pertenece la Galatea.

Sin embargo, dejamos el punto como dudoso, mientras